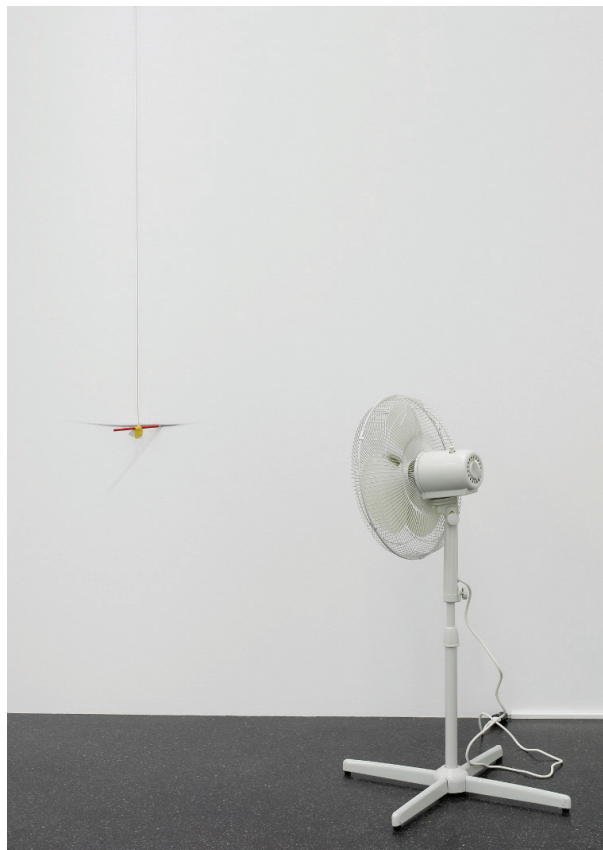
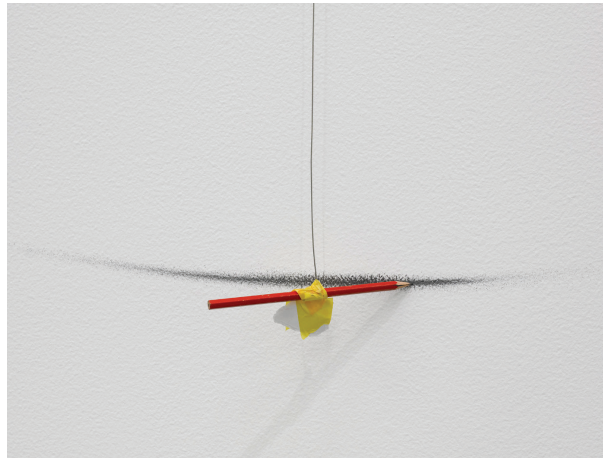


YouTube y la enseñanza filosófica: reflexiones sobre una experiencia

Diego Antonio Pineda R.

Se ha discutido mucho en los últimos años acerca de la posibilidad de utilizar los medios electrónicos —y en particular formatos como el video, el podcast y otros— en la enseñanza de la filosofía: ¿es posible y deseable? Que es posible resulta evidente por el simple hecho de que se hace cada vez más y de formas muy distintas. Pero ¿qué tan conveniente es? Algunos creen, ingenuamente, que enseñar filosofía es como enseñar cualquier otra cosa: biología, física, matemáticas, etcétera; se trataría, entonces, de transmitir un saber predefinido y, por tanto, lo único y fundamental sería encontrar el medio más adecuado y efectivo para transmitir cierta información y, sobre todo, aquel que permita llegar a una amplia audiencia. Esta manera de ver el asunto olvida la particularidad del filosofar, y especialmente, del enseñar y aprender en filosofía. Bien decía Kant que la filosofía, en sentido estricto, no se puede enseñar, porque ella no es algo terminado, sino la actividad viva de los hombres que pretenden enfrentar las preguntas fundamentales que suscitan la existencia humana y la comprensión del mundo en que vivimos.

Hay otros para quienes, precisamente por la peculiaridad de la filosofía, los medios electrónicos, aunque puedan servir para transmitir ciertos conocimientos filosóficos, no son adecuados para *hacer filosofía*. Y esto porque, según ellos, la filosofía supone un encuentro personal que no es posible cuando la relación entre el maestro y sus estudiantes está mediada por dispositivos tecnológicos. Este argumento falla, creo yo, por otra razón: se pretende que las relaciones personales dependen de la presen-



13

Luis Camnitzer. *Portrait of the Artist*. 1991

cia física. La relación personal en filosofía no es necesariamente una relación física, y lo que se debe garantizar en una relación pedagógica en filosofía es el *contacto intelectual* —es decir, el intercambio fructífero de ideas y el continuo examen de las posiciones filosóficas—, y este a veces se logra mejor con personas que están situadas en momentos y lugares muy lejanos. A veces tenemos una relación más personal, y más filosófica, con los filósofos de la antigüedad clásica que con los que nos son contemporáneos, así como tenemos relaciones más cercanas con amigos y colegas que viven en la Argentina, los Estados Unidos o Europa que con los propios compañeros de la institución en la que trabajamos. La relación personal que hace posible el filosofar no la garantiza la presencia física, sino el auténtico contacto intelectual.

No me avergüenza decir que tengo un temperamento pragmático y que, por tanto, no me convencen los argumentos puramente a priori mediante los cuales es muy común descalificar todo intento por hacer filosofía por fuera de los canales tradicionales de la vida académica. Soy de los que prefieren ensayar las cosas, y equivocarme si es necesario, con el fin de encontrar respuestas que me satisfagan. Creo que la posibilidad de hacer filosofía a través de medios electrónicos, y en formatos como los indicados, depende en buena parte de que intentemos hacerlo y busquemos soluciones a los problemas que se nos vayan presentando. Empecé hace menos de un año a ensayar distintas propuestas: el video, el podcast y la interacción a través de plataformas como Zoom, Blackboard y otras. Quiero compartir a continuación mi experiencia con estos dispositivos, y particularmente la del uso de *YouTube* en el ejercicio filosófico.

Ser pragmático no es probar porque sí o de forma desordenada; es, más bien, desarrollar una mentalidad experimental. La mente experimental no se va a la experiencia sin más; por el contrario, intenta elaborar con sumo cuida-

do aquellos presupuestos en términos de los cuales le resulta posible realizar aquella experiencia que busca comprender. Como bien decía Kant, en una bella metáfora, la razón se presenta ante la naturaleza llevando en una mano sus principios y en la otra aquellas experiencias que por esos principios ha establecido. Pues bien, para hacer una buena experiencia, no basta con probar y probar, como quien se mueve a ciegas en medio de lo desconocido; es preciso establecer algunos principios que nos guíen, que den un sentido y una dirección a la experiencia. Así pues, para experimentar con los medios electrónicos como potencialmente filosóficos, es necesario establecer algunos supuestos esenciales a partir de los cuales se hace la experiencia. En mi caso particular, esta experiencia ha tenido lugar sobre la base de cuatro supuestos fundamentales, que procedo a explicar brevemente.

1. Bien sea que se trabaje presencialmente o con conexión remota, lo importante será siempre *conservar la integridad de la disciplina*. La filosofía es un ejercicio serio, que tiene unas reglas determinadas que no se pueden sacrificar por el medio a través del cual se realiza la experiencia del filosofar. No se trata, en este sentido, de caricaturizar o “popularizar” (en el sentido vulgar de este término) el ejercicio del filosofar; es decir, de hacerlo tan trivial que quede al alcance de cualquiera; tampoco se trata, desde luego, de que estos medios se conviertan en el privilegio de unos pocos. Hacer uso de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación es una forma de que la filosofía llegue a más personas, y estas tengan acceso al pensamiento filosófico; pero debe ser sobre todo una forma de que quienes hacemos filosofía intentemos adaptarnos a los lenguajes de hoy; sin embargo, esa adaptación a nuevos lenguajes no debería hacerse de una forma tal que ponga en cuestión la integridad de la filosofía como disciplina.

2. El segundo presupuesto con el que he trabajado todo el tiempo es que no debemos olvidar que *la filosofía es más que conocimiento o ciencia; es amor por la sabiduría*. Como tal se definió a sí misma desde la antigüedad. En tal sentido, hacer filosofía no es solo transmitir un saber; es, por encima de todo, comunicar un cierto carácter, un *ethos* propio. Así pues, cualquier ejercicio filosófico que hagamos, presencial o no, virtual o no, debe caracterizarse porque, de alguna manera, quien lo realiza no pretende saber más, sino que intenta cultivar su propia sabiduría, en primer lugar, reflexionando sobre los asuntos de que trata, y no solo comunicando un pensamiento de otros; y, en segundo término, atendiendo, mediante esa sabiduría que busca comunicar, a problemas que atañen a todos los hombres.

Ahora bien, es imposible establecer hasta qué punto se logra comunicar una cierta sabiduría a otros, presencialmente o a través de medios electrónicos. La información, e incluso la ciencia, son medibles y controlables, y existen técnicas y métodos para hacerlo que gozan de prestigio y reconocimiento en la comunidad intelectual. No ocurre lo mismo con la sabiduría, que solo se hace evidente con el paso de los años y a través del efecto que imprime sobre la inteligencia y el carácter de los individuos. Ella solo es el fruto del cultivo permanente del deseo de saber, que a su vez solo se desarrolla por un aprendizaje que, además de continuo, va acompañado de la reflexión personal. La pregunta por cómo los medios electrónicos ayudan en el cultivo de una sabiduría personal y social está todavía a la espera de una adecuada respuesta.

3. La filosofía, como ejercicio de sabiduría, se aprende de otros y con otros. En ella, *el aprendizaje está mediado por individuos concretos y por comunidades de aprendizaje filosófico*. En el aprendizaje de la filosofía es esencial la

relación personal con los filósofos de todas las épocas y lugares. Un filósofo es alguien que a diario se encuentra y dialoga con Platón, Aristóteles, Kant, Wittgenstein o cualquier otro pensador que ha logrado determinar nuestro pensamiento a lo largo de los siglos, pero también alguien que hace parte de una comunidad de aprendizaje abierta al infinito. De su comunidad de aprendizaje no solo hacen parte sus profesores, estudiantes y colegas diseminados por el mundo, sino todos aquellos seres humanos que tienen inquietudes intelectuales y vitales semejantes a las suyas. Como bien lo señaló en su momento Perelman, el filósofo se dirige a un auditorio universal, es decir, a un auditorio sin límites en el espacio y el tiempo. Aprendemos, pues, de otros y con otros; a través de la discusión y la crítica de otros y de la confrontación crítica con nosotros mismos. Y es este ambiente de aprendizaje, a la vez autorreflexivo y en comunidad, el que se debe preservar en cualquier ambiente de educación filosófica, independientemente de si se trata de una clase presencial o un ambiente virtual de aprendizaje. Es, sin duda, maravilloso cuando, en una buena clase de filosofía presencial, se discuten las ideas en vivo y en directo, pero no por ello hay que descartar que también los medios electrónicos nos puedan ofrecer nuevos canales y herramientas para realizar una mejor comunidad de aprendizaje filosófico.

4. Lo anterior me lleva al cuarto supuesto: *es preciso cultivar y combinar modos de interacción comunicativa diferentes en el ejercicio filosófico*. No se trata de poner a pelear lo presencial con lo virtual; se trata de formas de interacción comunicativa que pueden ser complementarias. Creo que, hacia el futuro, se deberían combinar estas tres formas de interacción: (1) lo estrictamente virtual, (2) la presencialidad remota, y (3) la presencialidad física. Veamos brevemente de qué se trata cada una.

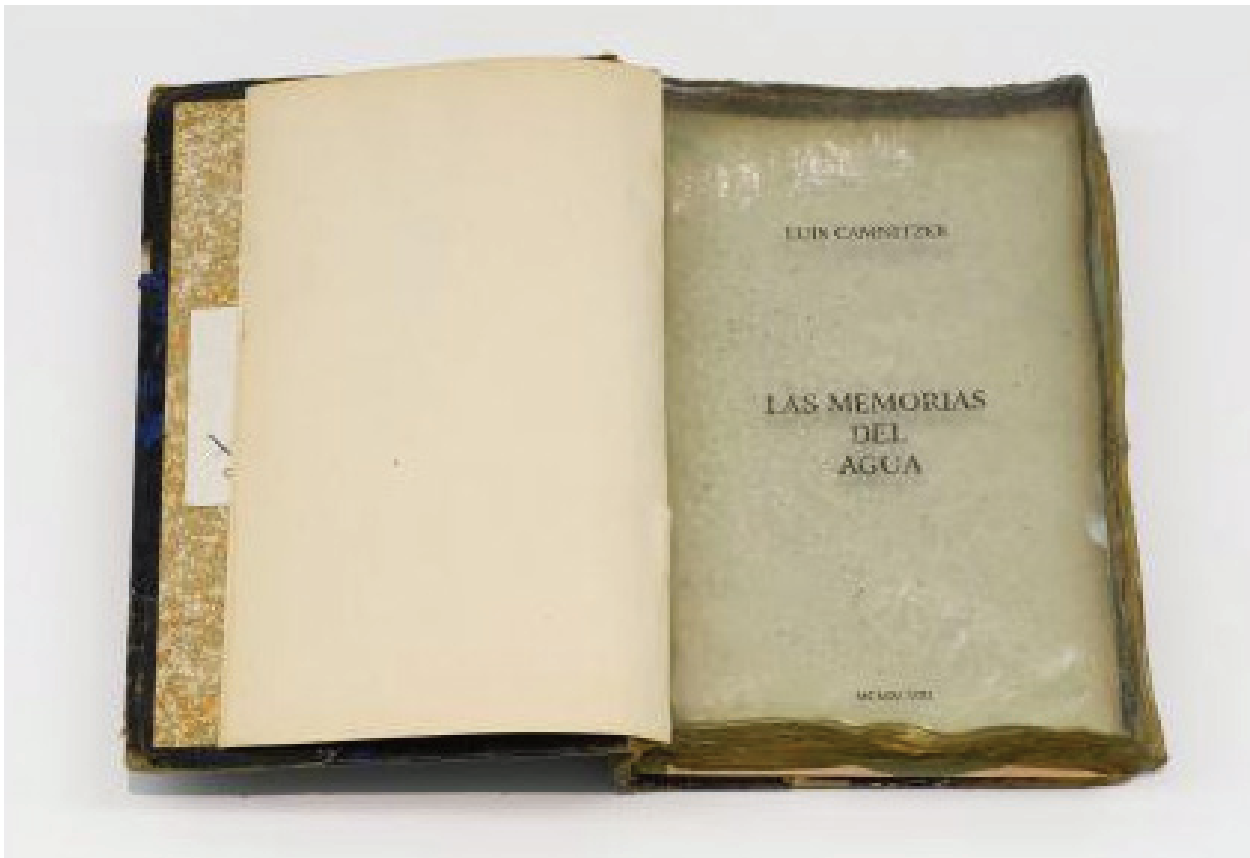
Lo **virtual** es todo aquello que circula en la web, que no tiene tiempos ni espacios específicos ni implica de modo necesario el encuentro cara a cara entre personas. Circulan por allí muchas cosas útiles para el aprendizaje filosófico: conferencias de los filósofos más diversos y en distintas lenguas, maravillosas colecciones de textos filosóficos de todo tipo, páginas webs de los autores, cursos universitarios en video, podcasts, comunidades de discusión filosófica para niños, jóvenes y adultos... e infinidad de cosas más. Esta impresionante cantidad de material, que está al alcance de todos, podría ser utilizada de modo muy fructífero tanto en la enseñanza formal de la filosofía como en diversas prácticas filosóficas no formales.

Llamo **presencialidad remota** a todos aquellos encuentros que podemos hacer, en tiempos y espacios determinados, para trabajar en filosofía con personas situadas en muy diversos lugares a través de una conexión remota por medio de plataformas como Zoom, Blackboard, Microsoft Teams, Google Meet y otras más, que se han puesto tan de moda a propósito del tránsito a lo virtual al que nos llevó la pandemia del covid-19. Tal vez lo importante de estos medios, cuyo uso es cada vez menos una excepción, es que permiten interacciones muy valiosas entre personas situadas incluso en continentes diferentes y que permiten integrar, a través de una pantalla común, otros múltiples medios de comunicación e interacción pedagógica (video, chat, pizarra virtual, etc.) y, además, compartir contenidos muy diversos entre los participantes (archivos, vínculos electrónicos, etc.). Mi experiencia durante el semestre pasado dando un seminario de doctorado a través de Blackboard Collaborate Ultra fue que la plataforma misma permitía un intercambio de herramientas investigativas entre los participantes, que no solemos tener en las clases presenciales. Desde luego, este modo de interacción se puede ver limitado, como ocurre con frecuencia, por los problemas de conectividad de los participantes;

pero, aun así, permite a los interesados en la filosofía ejercitarse en ella sin estar sometidos a los problemas de movilidad que son típicos de las grandes ciudades. Estas plataformas seguramente seguirán mejorando, de tal manera que se utilicen de forma cada vez más dinámica y que la interacción que se dé a través de ellas sea más creativa; pero, en cualquier caso, hay allí una forma de interacción comunicativa en filosofía enteramente nueva. Es posible que, en unos años, muchos congresos, y encuentros filosóficos de todo tipo, y muchas clases, cursos y seminarios, se hagan a través de estos medios que permiten una interacción presencial, aunque remota.

La tercera forma de interacción es, por supuesto, la **presencialidad** física. Hay, sin duda, campos de aprendizaje en que, por su carácter eminentemente práctico o técnico, se requiere de la presencialidad física. En filosofía, desde luego, la presencia corporal, física, de los participantes representa una gran ventaja, pero no necesariamente imprescindible. Creo que el tránsito hacia lo virtual y la conexión remota al que nos ha obligado la actual pandemia no habrá de conducirnos hacia una minusvaloración, sino a una re-valorización de la presencialidad física. Hasta ahora habíamos supuesto que, para aprender, era necesario asistir físicamente a clase; tal vez de ahora en adelante empecemos a comprender que, así como no hay una mejor interacción comunicativa que la que se realiza cara a cara, así también este tipo de interacción dejará de ser mera costumbre, o incluso un requisito, para convertirse en un privilegio. En la medida en que lo virtual y lo remoto ganen nuevos espacios llegaremos a comprender mejor el inmenso valor que tiene el encuentro personal y directo entre los aprendices y con un maestro al que tal vez hayamos visto previamente en una plataforma o conozcamos a través de sus libros.

Pero hay algo más. Una comunidad no solo está mediada por dispositivos tecnológicos; re-



Luis Camnitzer. *Las memorias del agua*. 1998

quiere de observadores, oyentes y lectores que sean capaces de plantear nuevos problemas y posibles soluciones. Toda comunidad está hecha de personas; y las personas son cuerpos, que también requieren reunirse físicamente; toda comunidad necesita de un grado de presencia física, corporal. También el aprendizaje está mediado por nuestros cuerpos. En tal sentido, habría que afirmar que ningún medio tecnológico podría sustituir la relación personal y directa, el encuentro corporal y emocional entre quienes aspiran a la sabiduría. Por más virtual o remota que pueda ser una comunidad de aprendizaje filosófico, requerirá del encuentro personal en tiempo presente. Si la presencialidad es un privilegio es porque no hay ninguna forma de interacción comunicativa y pedagógica que sea más poderosa que el encuentro cara a cara.

* * *

Pretendo contar a continuación una experiencia sobre el uso de medios electrónicos en la enseñanza filosófica. No voy a entrar en todos los detalles. Aunque he venido haciendo sucesivos ensayos con distintas herramientas tecnológicas (video, podcast, infografía, etc.) y me he propuesto aprovechar al máximo los recursos de diversas plataformas (Zoom, Blackboard, etc.), y aunque he participado en el último tiempo en muchos encuentros filosóficos por medios electrónicos —a veces como simple participante, a veces como conferencista— voy a referirme solamente a una experiencia específica: la creación de un canal de *YouTube* a mi nombre.

A finales de 2019 —es decir, hace casi nueve meses— me propuse hacer un video, algo que

no había intentado antes, por falta de tiempo y de conocimientos técnicos. Empecé por algo más bien trivial: estudiar un documento que encontré en Google sobre cómo hacer un video casero para una primera comunión, pero ello me permitió empezar a comprender las fases de su producción. Desde luego, a medida que avanzaba en mi comprensión y hacía diversas pruebas en un iPad y un computador, fui entendiendo cada vez mejor cada una de dichas fases, así como las herramientas que, para la edición de videos caseros, me ofrecían los aparatos que tenía a disposición. Probé una y otra vez cada una de las herramientas hasta alcanzar una comprensión personal del asunto y me di a la tarea de sistematizar por escrito cada uno de estos aprendizajes en dos documentos básicos: uno sobre la producción y otro sobre la edición de videos caseros. Cuando logré producir mis primeros videos, los subí a *YouTube* y fui aprendiendo poco a poco, también de un modo experimental, cómo ir organizando mi propio canal en esta red social. No voy a entrar en los detalles de todo este proceso, sino solo en algunas reflexiones que me ha suscitado dicha experiencia.

Ante todo, ¿por qué hacer videos? He ido descubriendo en el video un medio para sintetizar muchas de las cosas que había enseñado durante años y, sobre todo, un medio nuevo de expresión para la filosofía. En efecto, empecé por “traducir” al lenguaje del video algunas de las cosas que había hecho por años: hice presentaciones de mis textos filosóficos para niños, reflexiones personales sobre ciertos autores y temas filosóficos que siempre me han atraído especialmente (Aristóteles, Maquiavelo, Sartre, Peirce, etc.) y algunos videos sobre temas que me apasionan, como la escritura o las preguntas de los niños. Y, a medida que los hacía, fui descubriendo que ellos me obligaban a recomponer lo ya pensado dándole un estilo más sintético y directo: que la escritura de un guion de video, al tiempo que me ponía límites muy claros de espacio y tiempo, y me

exigía una forma de escritura concisa y precisa, me otorgaba mayor libertad de expresión, pues cada idea, por más que estuviera ligada a un autor o teoría particular, tenía que ser una clara expresión de mí mismo. De hecho, el video ha transformado mis hábitos de escritura filosófica.

Pero ¿por qué tener un canal de *YouTube*? Soy poco amigo de las redes sociales. Alguna vez quise tener Twitter, pero me repugna cada vez más el modo en que se usa, especialmente por parte de los líderes políticos; me resultan demasiado triviales Facebook e Instagram y poco me ha interesado LinkedIn. Con *YouTube*, en cambio, mi fascinación ha ido *in crescendo*. Todos los días me encuentro allí con algo nuevo e interesante. Desde luego, como en todas partes, hay mucha basura, pero también me he encontrado con un medio ágil y abierto que me pone en comunicación con personas de todo el mundo. Allí sigo series históricas, conferencias filosóficas, discusiones públicas y muchas cosas más. Poder tener una presencia propia en *YouTube* se me convirtió en una necesidad; sin embargo, me vi precisado a determinar los límites de dicha presencia, y fue ello en buena medida lo que me llevó a la formulación de los cuatro supuestos a los que ya hice referencia.

Fue así como, poco a poco, logré clarificarme a mí mismo para qué quería tener un canal de *YouTube*. Tuve claro desde el comienzo que no debería tener ninguna finalidad económica o de posicionamiento académico o político. Mi interés no era ser “youtuber”, o “influencer”, o vivir de ello. He sido, soy y seré siempre ante todo lo que siempre he querido ser: profesor de filosofía. Lo que buscaba, eso sí, era un nuevo canal de expresión para mi magisterio filosófico; por lo tanto, se trataba de un canal para compartir con otros mi propio trabajo en filosofía, y no de un medio para hacerme más popular o para caricaturizar la filosofía. Era claro que debía ser un medio amable y cercano a los

demás y abierto a todo tipo de personas, y no solo a filósofos de profesión, pero también que debía ser sobre todo un espacio para hacer una síntesis de mi propio trabajo filosófico.

Por ello mismo, tuve claro desde el comienzo que no debería hacer nada por tener más suscriptores al canal. Estos deberían llegar tarde o temprano, y deberían hacerlo por una sola razón: porque tenían un interés real en los temas que tratara. Al principio eran muy pocos, pero con el tiempo se fueron incrementando (casualmente, en el momento en que escribo estas líneas, e ignoro por qué razón, dichas suscripciones se incrementaron, pues, en menos de dos días, llegaron casi cincuenta nuevos suscriptores, casi todos desconocidos para mí). Tengo claro, sin embargo, que no haré ninguna tarea de promoción del canal, pues no me interesa tener muchos suscriptores, sino suscriptores realmente interesados en la filosofía. Aunque el canal ha sido pensado especialmente para estudiantes y profesores de filosofía, no está cerrado para personas a quienes les interesa el filosofar, aunque no tengan ningún interés profesional en filosofía (de hecho, hay jóvenes de colegio y amas de casa entre los suscriptores). Me interesa llegar a todo aquel que le interese la filosofía, y quiera dedicarle algún espacio y tiempo en su vida, independientemente de su edad, profesión, gustos o intereses. Tampoco he querido ponerme demasiadas reglas con respecto a la duración de los videos: unos tienen más de veinte minutos y otros apenas pasan de diez. Quien no tenga ese tiempo para seguirlos, simplemente debería buscar otro canal.

Pero ¿qué aprendizajes he tenido como profesor de filosofía a través del canal de YouTube? Son muchos y muy diversos. Pero, para no extenderme demasiado, los voy a resumir en cinco puntos básicos.

1. Tal vez la experiencia más gratificante al lanzarme al mundo del video y de YouTube

haya sido la de que fue un ejercicio de experimentación y síntesis personal. Aunque había hecho algunos cursos sobre cultura digital, y he tenido el apoyo permanente de muchas personas que han visto algunos de los videos y me han hecho sugerencias y críticas muy certeras, lo esencial no lo aprendí a través de una enseñanza formal de otros, sino a través de la experiencia de confrontarme directamente con las dificultades y de buscar soluciones propias y efectivas. Parte esencial de este ejercicio de “aprender haciendo” fue el de sistematizar por escrito lo aprendido: cada que aprendía algo nuevo tomaba nota de ello y lo iba organizando en un documento que fui revisando una y otra vez hasta elaborar una guía propia sobre cómo hacer y editar videos caseros con medios tan básicos como una tableta y un computador y sin necesidad de recurrir a ningún software sofisticado y costoso.

2. Un segundo aprendizaje esencial fue el de haber encontrado un nuevo modo de comunicación en filosofía. Uno de los grandes problemas que ha tenido la filosofía como disciplina a lo largo de su historia es que ha estado reservada para muy pocos: para unos cuantos discípulos, como en las grandes escuelas de la antigüedad, o para algunos alumnos, que tienen un interés particular por ella en los colegios y universidades. Creo que a la filosofía le hace falta enseñar cada vez más en un aula abierta; y es esto precisamente lo que permite y ofrece un canal como YouTube: que la filosofía circule por un aula extendida por todo el mundo, ya que pueden ingresar a ella todo tipo de personas.
3. El tercer aprendizaje esencial es descubrir, a través del canal, un público no filosófico que se interesa por la filosofía cuando se les presenta sin recargarla de un lenguaje demasiado técnico. He visto que mis videos caseros los siguen personas que no tienen

un interés específico en filosofía (jóvenes de bachillerato, amas de casa, e incluso personas que simplemente tienen algún negocio o afición), pero les agrada que alguien les hable de filosofía porque les resulta interesante y vitalmente fructífero. He intentado siempre que los videos tengan un lenguaje sencillo y un estilo cercano, sin frases rebuscadas, hablando de forma pausada y precisa, porque de lo que se trata precisamente es de generar un nuevo modo de comunicación, de contacto intelectual, entre el filósofo académico y el hombre común.

4. Hacer filosofía, y enseñarla, a través de un formato como el del video, y de un canal como YouTube, es ante todo un ejercicio de síntesis personal. Solo se puede hacer un video bueno e interesante sobre un tema a propósito del cual uno ha reflexionado y escrito por varios años. El video me ha permitido hacer una nueva síntesis de temas sobre los que antes había estudiado mucho, sobre los que tenía apuntes, y con los que antes pensaba escribir un libro o un artículo. Ahora los he vertido en un nuevo formato: el del video; o, más estrictamente, la serie de video, pues ello es lo que más me ha interesado: organizar en listas de reproducción ciertos temas que me interesan, como el filosofar con los niños, la pregunta como punto de partida del filosofar, la escritura como herramienta filosófica, o ciertos autores filosóficos como Aristóteles o Charles Sanders Peirce. Para hacer una serie de video se requiere un manejo profundo del tema a tratar, pues solo ello permite organizarlo como un conjunto unificado que se va desarrollando a través de una secuencia de temas interrelacionados a ser tratados dentro de unos límites específicos de espacio y tiempo.
5. La presencia en YouTube y el acceso al mundo del video —y, en general, a las nuevas tecnologías de la información y

la comunicación— nos ha ido llevando, a los que nos hemos dedicado a la filosofía, a que empecemos a explorar nuevos escenarios e interlocutores para el ejercicio del filosofar. Hemos estado tan ligados al aula, a la cátedra universitaria y a los diversos formatos académicos que creemos que estos constituyen, si no el único, al menos el mejor medio de aprendizaje con que contamos. No tengo nada en contra de la vida académica, a la que siempre he estado ligado y en la que hay evidentes ventajas, que no desconozco (sobre todo cuando se trata de aprender los fundamentos esenciales de una disciplina o profesión); sin embargo, en el mundo hoy, la filosofía y la ciencia tienen redes de circulación cada vez más amplias. La filosofía, en efecto, ya no solo se hace en las aulas universitarias o escolares; se hace también en las calles, los cafés, las cárceles, los hospitales y hasta las empresas y organizaciones no gubernamentales y, también cada vez más, como tantas otras cosas en este mundo, a través de la red mundial de información, en la cual YouTube es uno de los más importantes protagonistas.

Concluyo con una reflexión más general. La educación a que estamos habituados, que hace de la presencialidad uno de sus pilares básicos, si bien cuenta con la ventaja del encuentro directo y corporal entre el maestro y los aprendices, tiene el defecto de que otorga todo el peso al discurso oral del maestro, que ordinariamente se dirige exclusivamente a la conciencia racional del sujeto, bajo el supuesto de que la conciencia se transforma por la simple fuerza de dicho discurso racional. Sin embargo, vivimos en un mundo que es cada vez más auditivo y visual, y los propios jóvenes construyen su mundo, más que a partir de conceptos puros de la razón, con base en imágenes auditivas y visuales; si queremos efectivamente impactar sobre su conciencia, tenemos que adaptar nuestra enseñanza como filósofos a esa nueva situación.

Ver videos y escuchar audios de todo tipo (musicales, políticos, culturales e incluso puramente prácticos, como los llamados “tutoriales”) es una parte de la rutina diaria de los jóvenes de hoy. Si ello es así, nuestra enseñanza debe adaptarse a estos formatos múltiples, y debemos crear textos más concisos para su lectura, así como videos y podcasts (o archivos de audio) que se puedan adaptar a sus rutinas; que puedan ver y escuchar, por ejemplo, cuando van desplazándose por una ciudad o mientras consumen su almuerzo en un restaurante.

La filosofía del futuro deberá ser al mismo tiempo leída, vista y escuchada. El video tiene, además, la ventaja de que combina muy bien los tres elementos básicos: imagen, voz (y música) y texto; ello lo hace, una vez más, un medio de gran potencialidad para el ejercicio filosófico con las nuevas generaciones. Hemos visto, además, que, a través del podcast, se ha recuperado cada día más el archivo de audio, que hoy tantos escuchan mientras van en el transporte público o salen a caminar un rato por las calles; y no sobra recordar que, en varios países latinoamericanos, nuevas generaciones de jóvenes filósofos vienen desarrollando interesantes proyectos de podcasts filosóficos, que podrían ser útiles y sugerentes para todos.

Termino diciendo que no solo es posible hacer filosofía a través, o por medio de, todas estas nuevas tecnologías, sino que creo que, utilizando los términos de Perelman, se podría sugerir que el video y el podcast, que se pueden tramitar a través de una herramienta de tan fácil manejo como YouTube, podrían



Luis Camnitzer. *Two Identical Objects*. 1981

ser la clave de una nueva retórica filosófica, más abierta y democrática, donde el filósofo, como orador principal, se dirige a un auditorio universal al que debe poder seducir con un discurso que, siendo razonable, se dirige no solo a su conciencia racional, sino también a sus sentidos superiores (la vista y el oído). Si bien la educación filosófica es también un encuentro de cuerpos que pueden gozar del privilegio de la presencialidad, es cierto que toda relación entre personas empieza en las miradas y palabras que se cruzan entre sí. Con estos nuevos medios, nuestros ojos llegarán más lejos, nuestros oídos extenderán su alcance y estos cuerpos dotados de vida que somos los seres humanos podremos, como amantes de la sabiduría, seguir nuestro camino de buscadores de la verdad y del sentido.

Diego Antonio Pineda R. Magister en Filosofía y en Educación y Doctor en Filosofía. Profesor Titular de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana.

Correos electrónicos:
diegopi@javeriana.edu.co;
diegoantpineda@yahoo.com;
pujdiegopi@gmail.com.